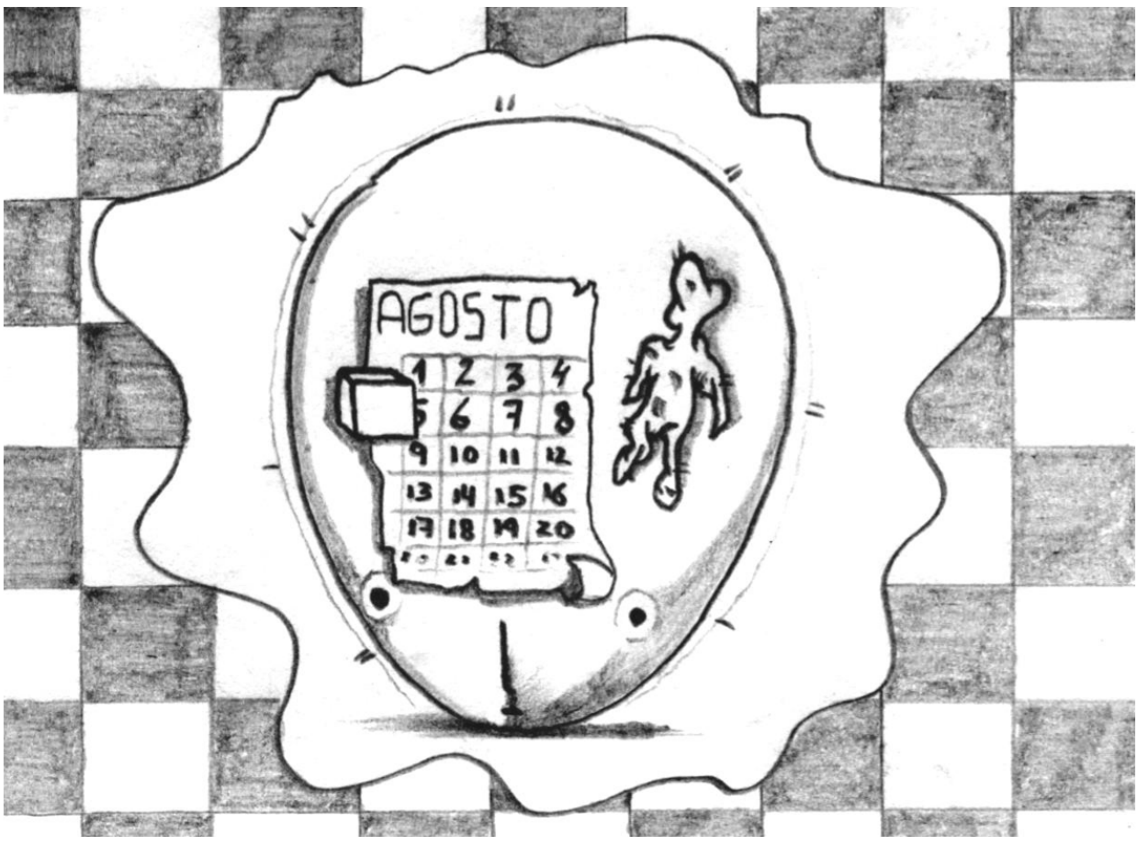
Julián sería la pieza del tablero obediente al designio del dado, y día tras día saldría a la calle con un mandato que cumplir. Si el ojo signaba la jornada, hasta las doce de la noche de ese día les negaría la mirada a las personas que no toleraba. Si salía boca, le estaría prohibido mentir, ni en lo más mínimo podría disimular la verdad durante ese día. Si, en cambio, la figura de la nariz resultaba la elegida por el azar, debería mostrarse orgulloso y altivo frente a todos sin importar a quién tuviera enfrente. La mano le impondría el golpe o la caricia, sería justo e imparcial durante todo el día. La figura de la oreja reclamaría la atención de todos, a la vez lo obligaría a escuchar a aquellos que frecuentemente ignoraba. El pájaro, sexta y última posibilidad, le permitiría un día de absoluta libertad para hacer lo que quisiera.

Nadie debería saber jamás que estaba jugando un juego con un solo jugador, que todos eran parte del tablero y que el premio era la emoción de cada día.




Aquella noche se debatió entre pesadillas similares a las que nos invaden cuando la fiebre nos ocupa todo el cuerpo, las figuras del dado que había tallado aparecían como heridas, marcadas a fuego en su cuerpo que se retorcía sobre arena y piedras.